

rias filosóficas, literarias, artísticas, giraba en el círculo cerrado de su presente, tan lleno de encantos, de sonrisas y de seducciones. Como no conocía otra belleza divina que la belleza humana, no conocía tampoco otra morada de felicidad fuera de ese bello jardín de la Grecia de que se forjaba su paraíso. La belleza de su clima, el azul de su cielo, la púrpura brillante de sus horizontes, sus auroras tan llenas de suavidad, sus días tan llenos de resplandores, sus tardes tan llenas de magnificencia; sus valles, sus montañas, sus campos, sus praderas, sus ríos de encantos sin igual; y sobre todo esto, lo que un autor denomina tan bien las *bellas fiestas del aire y de la luz*: todo esto sumergía al genio, lo mismo que al pueblo, en tal embriaguez, que el encanto de lo presente dejaba apenas soñar el porvenir; y todas estas bellezas, cuya contemplación de cada día arrobaba su alma fascinando sus miradas, formaba en derredor de ella un velo magnífico que no la dejaba siquiera entrever, tras los horizontes de su frontera y de su presente, la imagen de una felicidad mejor.

De aquí resultaba, generalmente, en las artes de la Grecia, á pesar de la pureza de las formas, la elegancia de los movimientos y la majestad de las actitudes, á pesar de una ejecución tan perfecta como es posible en la expresión de lo finito, de lo material y de lo visible, una carencia casi total de lo espiritual, de lo invisible y de lo inmortal. Era la expresión de la belleza exterior llevada tan lejos como podía ser, pero de la belleza exterior solamente. Era, en toda la perfección que podía darle la mano del hombre, la belleza plástica del cuerpo humano y de la naturaleza helénica. Pero sobre estos cuerpos de líneas tan puras, de modelo tan gracioso, de proporciones tan armoniosas, nada había del cielo, nada del invisible, nada sobre todo de lo inmortal; nada siquiera muchas veces, de esa belle-

za moral que descubre al espíritu á través de la materia, y hace de la cabeza y de la figura humana el relieve brillante de una alma grande y un corazón noble! Según la bella expresión de un escritor, el hombre les había dado la corona, les falta la auréola del cielo. Este milagro estaba reservado sobre todo á la inspiración de la esperanza cristiana.

La esperanza cristiana que fija sobre nuestro Cristo glorificado en la ciudad de los santos, el término de nuestros deseos y nuestras aspiraciones, y nos muestra en el corazón de ese Cristo el lugar de nuestra inmortalidad y la mansión eterna de nuestra felicidad; hé aquí lo que ha abierto al arte cristiano las grandes perspectivas de lo invisible, de lo inmortal, de lo infinito; y hé aquí lo que le ha dado aspiraciones, impulsos y elevaciones que el arte pagano no ha conocido, ni podía conocer, y que todos nuestros paganismos presentes y futuros ni conocen ni nunca conocerán mas que aquel. El símbolo católico, que apoya en los dogmas de que hemos hablado, como en dos magníficas columnas, todo el edificio del arte cristiano, se termina con una palabra sublime, palabra llena de luz y de presentimientos, palabra llena de fé y de esperanza, que señala en el alma humana la transición de la una á la otra: *Credo... in vitam æternam*: Yo creo en la vida eterna; creo en la eterna unión de mi alma y de mi Cristo; creo en la perpetuidad y en la inmortalidad de mi vida futura en el centro de su corazón viviente y de su vida inmortal. *Credo in vitam æternam*. ¡Creo que mas allá de todas las bellezas que descubro en el tiempo, hay otras bellezas que contemplaré en la mansión radiosa de mi inmortalidad!

Decir, Señores, todo lo que ha podido hacer esta palabra en que la esperanza y la fé cantan unísonos nuestros destinos futuros, para engrandecer los horizontes del arte, engrandeciendo las perspectivas de la

vida, decir lo que ha hecho para inspirar, para iluminar, para levantar, para llevar á sus mas grandes alturas al génio del arte, ese soplo de esperanza y de inmortalidad que resalta en esta última palabra de nuestro símbolo, es empresa que no acometeré porque me es imposible hacer pasar á mi discurso lo que veo, sobre todo, lo que siento en el fondo de esta palabra. ¿Cómo podría yo encontrar colores bastante puros, sonidos bastante melódicos, acentos bastante celestiales para pintar, para decir ó mas bien para cantar el indefinible *no sé qué* que la esperanza cristiana hace descender del cielo sobre las creaciones del génio que se inspira con su soplo y se alumbra con su antorcha, el *no sé qué* de reposado, de puro, de elevado, de beatífico, de celeste, de seráfico, de *angelizado*, que los artistas cristianos han hecho relucir sobre la frente y en la mirada de los creyentes que esperan la inmortalidad? ¡Ah! Aquí sobre todo el arte cristiano se ha formado á sí mismo un caracter que no semeja á otro alguno. Ha creado figuras en que lo invisible resplandece aun mas que lo visible; figuras que profetizan, y muestran á través de las sombras de esta vida fugitiva la misteriosa claridad de la vida permanente. Ha dado á cuerpos tendidos en el ataúd algo que parece vivir en la muerte; les ha formado rostros que se diría que sonríen ante la vision del esplendor beatífico; y en estos rostros ha esculpido frentes que buscan el cielo, y lábios que se abren, en cierto modo, para cantar con los ángeles los himnos del paraíso. Sobre todo, ha hecho relucir, aun á través de la materia mas opaca, miradas llenas de claridad, ojos que parecen abrirse para ver á Cristo radiante en el fondo de su cielo de luz, y que aunque permanezcan cerrados, segun la ingeniosa expresion de un escritor, parece todavía "que miran alguna cosa".

Recorred en nuestras catedrales esas obras maestras del arte cristiano, que representan á nuestros

obispos, á nuestros pontífices, á nuestros caballeros, á nuestros santos, recostados en sus tumbas. ¡Qué calma radiante, qué luminosa placidez reposa sobre la frente de estos creyentes finados! Qué atmósfera de vida circunda estos muertos! ¡Qué armonía del cielo parece resonar en derredor de sus silenciosas tumbas!... ¿No adivinais, con solo mirarlas, que para ellos la muerte ha sido la traslacion de la vida? Y ese rayo de oro ó azul que cae sobre su frente trasparente, á través de los cristales resplandecientes con el sol, ¿qué cosa es, sino la imagen de ese rayo de inmortalidad que alumbra hasta en la muerte esos rostros transfigurados por la esperanza?

Esas estatuas de nuestros ilustres difuntos, especialmente cuando se remontan hasta nuestros antiguos siglos cristianos, no revelan quizás nada de los procedimientos técnicos, ni de la habilidad de ejecucion que admirais, ya sea en las creaciones del arte moderno, ya sea en las obras maestras de la escultura antigua. No encontrareis quizá ni la elegancia, ni la gracia. ¿Qué sé yo? Faltan quizás aun las proporciones, y una cierta aspereza descubre la inexperiencia de los artistas. Sea enhorabuena. Empero á pesar de estos defectos que son del siglo que ha esculpido estas imágenes, y no del cristianismo que las ha inspirado, ¿qué irradiacion del alma, qué claridades del cielo, qué rayos de inmortalidad, qué presentimientos de porvenir, qué ímpetus de esperanza, qué expresion de lo invisible, qué sentimiento del infinito! ¡Cómo embellece allí el espíritu á los cuerpos! ¡Cuál reposa la eternidad sobre su frente! ¡Cómo brilla el cielo en sus ojos! ¡Cómo, en fin, por todas partes, lo inmortal, lo invisible, el infinito, lo divino, los circunda, los reviste, los transfigura!...

¿Quién de vosotros ha visitado las catacumbas? ¿Quién ha podido ver, al menos, con todo lo que tienen de imperfecto, los primeros ensayos del arte cris-

tiano, y no ha comprendido lo que digo? . . . Los que, á la claridad arrojada por una lámpara en esas moradas misteriosas, reproducían en esos cementerios subterráneos las aspiraciones de la grande alma cristiana, eran en su mayor parte artesanos mas bien que artistas; pero su fé, y sobre todo su esperanza, daba á su inexperto pincel retoques que el génio sin fé y el arte sin esperanza no hubieran jamás encontrado. ¡Ah! Es que desde el fondo de las catacumbas veían brillar el fondo del paraíso. Esas tumbas de mártires se estremecían de esperanza y su esperanza estaba henchida de inmortalidad! . . .
 ¡Ah! ¡Si el génio ejercitado hubiera estado allí, encerrado en esa atmósfera celeste que envolvía todos esos despojos de los mártires y hacía estremecerse, desde el fondo de sus sepulcros, tantos corazones vivientes! ¿Qué no hubiera hecho, inspirado por su esperanza, ante las perspectivas de inmortalidad entrevistas desde el fondo de estas mansiones de la muerte? ¿Y qué no hará algun día, cuando el cristianismo, triunfante bajo el sol de los siglos nuevos, podrá hacer por todas partes resonar los cantos, pintar ó esculpir las imágenes, elevar por todas partes los monumentos de sus inmortales esperanzas? . . .

Entonces ¡qué armonías resonarán jamás oídas antes por la humanidad! A través del rumor que hacen al pasar por la tierra la ruina y la muerte, ¡qué melodías repetirán los ecos de esos conciertos que el cristiano oye desde lejos resonar en la mansion de su inmortalidad! Entonces ¡qué pinturas, qué esculturas nacerán por sí solas al soplo de esta esperanza! ¡Qué rostros aparecerán entonces en la tela ó en el mármol, bellos con esa belleza que no se conocía, iluminados por lo invisible, como la cima de esas altas montañas doradas por los primeros rayos del sol matutino! Figuras luminosas, ascendentes, sublimes, que nadie mirará sin sentir su alma volverse

del lado de ese cielo que ellos miran y de esa inmortalidad que ellas aspiran. A medida que las figuras de los dioses esculpidos por el arte pagano miran á la tierra adonde descenden, esas figuras del hombre esculpidas por el arte cristiano, miran al cielo adonde sube. Entonces, en fin, ¡qué edificios se verán elevarse llevados hácia el cielo por la aspiracion cristiana! ¡Edificios aereos, lanzados como una plegaria del alma y un arranque de la esperanza; construcciones milagrosas, cuyas formas ligeras, corriendo de abajo hacia arriba y huyendo lejos del suelo en que se apoyan, parece que quieren convertir esos incomparables palacios de la tierra por donde pasamos, en vestíbulos resplandecientes de ese cielo á que aspiramos!

Señores, yo os lo pregunto, ¿ha dado la historia de nuestros siglos cristianos un mentís á ese presentimiento evocado desde el fondo de nuestras catacumbas? A vosotros toca escuchar, mirar y responder. ¡Ah! Se ha obrado el milagro; las melodías de la esperanza han resonado en nuestros oidos y conmovido nuestras almas; las figuras de la esperanza han brillado á nuestros ojos en el claro día de la publicidad; los palacios de la esperanza se han elevado y permanecen delante de nosotros con su imperecedera majestad; y esos cantos, y esas figuras, y esos edificios, marcados con una misma belleza, dicen al que sabe ver, y oír, lo que hace, para elevar el nivel del arte, la esperanza cristiana.

III.

No obstante, Señores, hay en el cristianismo algo que ha sido mas poderoso que la fé y la esperanza, para elevar el arte cristiano. Esto, de lo que ya hemos hablado, bajo un punto de vista general, y que aplicamos esta vez exclusivamente á Jesucristo,

es el amor. El amor de Jesucristo es la sávia pura y sublime que ha hecho al arte cristiano abrirse con un esplendor del todo nuevo. El amor de Cristo es, en el cristianismo, el verdadero resorte del mundo artístico; es el divino inspirador del génio de nuestros artistas. De esta manera, ese corazón de Cristo que hemos colocado un día ante vosotros como el centro del órden moral, y como tal, motor universal del progreso en la humanidad, lo volvemos aquí á encontrar como el centro y el resorte del arte engrandecido por el cristianismo.

Partamos ante todo de un hecho absolutamente cierto, hecho prodigioso, que es el encanto sin igual de la historia del cristianismo: el reinado absoluto, perpetuo y universal del amor de Jesucristo sobre el corazón de los cristianos. El punto culminante de la vida de los santos, es decir, de todos los grandes cristianos, es que no solamente han conocido y adorado á Jesucristo, sino que lo han amado: se han postrado en su presencia con una adoración apasionada por el amor; ó, si quereis, han traído á sus plantas el homenaje de un amor llevado hasta la adoración. Este hecho, todavía viviente, y que se perpetua en medio de nosotros, no admite excepcion: todos los santos han amado á Jesucristo con un amor tan absoluto y tan soberano como es posible imaginarlo, y han sido santos en el grado en que lo han amado. No es aquí el lugar de mostraros el alcance totalmente divino de este grande hecho de la historia cristiana. Pero lo que es preciso mostrar aquí, siendo admitido este hecho verdaderamente divino, es el poder incalculable que este reinado del amor ha ejercido sobre el corazón de los artistas cristianos, con su corazón sobre el génio, y con ambos sobre el progreso del arte mismo.

El corazón de los artistas, mucho menos aun que el corazón del comun de los hombres, no podía esca-

par á esta dominación del amor de Jesucristo sobre el corazón de la humanidad cristiana. Para todo cristiano que lo había visto á la luz de la fé, Cristo era el mas bello de los hijos de los hombres; y al mismo tiempo que era el mas bello, era tambien el mas amante: de suerte que Jesucristo, recostado en su pesebre ó extendido sobre su cruz, se revelaba á la vez á la inteligencia y al corazón del génio, como personificando en sí mismo, juntamente con la verdad, estas dos cosas que son la eterna seducción del génio del arte, á saber, la mayor belleza y el mayor amor. ¿Y qué belleza descubrió el artista cristiano en la frente de Jesucristo? Esa belleza de que hemos hablado, belleza doble y una á la vez, belleza real y belleza ideal, uniéndose con armonía en el esplendor de un mismo rostro, y en el brillo de una misma frente. ¿Y qué amor, sobre todo, encontraban los artistas cristianos, acercándosele, en este corazón del Hombre Dios?... ¡Ah! ¡El amor que San Juan sintió estremecerse dentro de él cuando le fué dado reclinarsse sobre su pecho sagrado, tabernáculo viviente en que este amor habitaba como en su lugar natal: amor el mas ardiente y el mas casto, el mas fuerte y el mas suave, el mas grande y el mas elevado, el mas profundo y el mas sublime, el mas verdadero y el mas puro, el mas apasionado y el mas desinteresado, el mas real y el mas ideal; amor el mas celeste, el mas espiritual, el mas angélico, y el mas encantador, digamos la palabra, amor el mas artístico que sea posible concebir; capaz de ejercer á la vez el mayor encanto sobre el corazón del hombre, y la mas santa fascinación sobre el génio del artista!

¡Ah, Señores! ¿No concebís lo que semejante amor, encontrándose en una misma vida con la potencia del génio, puede hacer salir de ahí para la glorificación simultánea del arte al servicio de este amor, y de este amor al servicio del arte? ¿Y no os imagináis

qué obras puede hacer brotar un trabajo apasionado, ayudado por una mano experta, de una alma en que se encuentran en armoniosa union toda la claridad que viene de un génio superior y todo el calor fecundo que viene de un amor tan divino?

Hubo un día en que se verificó este prodigio en un jóven predestinado del arte y de la santidad. Dios le habia concedido el don que concede á un pequeño número de los escojidos de la grandeza y de la gloria humana: habia encendido en esta alma privilegiada la radiosa antorcha del génio. Pero á este don del génio Dios habia unido otro don aun mas precioso; habia encendido en su corazon virginal la llama celeste de un amor santamente apasionado de Jesucristo: de tal manera que es difícil decidir cual de las dos cosas llevaba la palma, el esplendor de la inteligencia ó el calor del corazon; el poder de su génio resplandeciente de luz, ó la potencia de su amor abrasado de las llamas mas castas.

Nunca quizás habia sucedido que alianza mas armoniosa consumara en una alma la union fecunda de la inteligencia y del amor. Jamás alma humana se encontró mejor predispuesta á poner un gran génio al servicio del arte, y un grande amor al servicio del génio. Jamás vida alguna habia sido mejor preparada para hacer abrirse bajo el sol de los siglos la hermosa flor del arte cristiano, "flor del cielo engertada sobre un tallo de la tierra" toda embalsamada con los perfumes del amor de Jesucristo y toda resplandeciente con su belleza. Se vió que en esta naturaleza privilegiada, prevenida por gracias escogidas, el amor del arte y el amor de Cristo se habían unido y fundido en un solo y un mismo amor: el amor del arte debiendo servir en él á la propagacion del amor de Jesucristo, y el amor de Jesucristo debiendo servir para la purificacion y la elevacion progresiva de su amor al arte. Si los ángeles del cielo tuviesen la vocacion de hacer

resplandecer la belleza sobre la tierra, descenderian en medio de nosotros sobre esas dos alas del génio y del amor; vendrian radiantes con esa luz y abrasados por esa llama; y pintarian tal como la han visto, amado y adorado en el cielo, con colores que nuestros pinceles no pueden encontrar sobre esta tierra, la figura de Cristo glorificado; y veriamos, con un arrobamiento que no puedo expresar, el retrato del amor y de la belleza personificadas en Él, pintado y perfeccionado por la mano de los ángeles.

Algo de este milagro se llevó á cabo por un angel de la tierra. ¡Este hombre cuya figura verdaderamente angélica acabo de delinearos, tan semejante por su inteligencia y su amor á los ángeles del cielo, tuvo tambien el honor de llevar su nombre sobre la tierra. . . . Fué el angel del arte cristiano, como Tomás de Aquino lo fué de la ciencia cristiana; la historia lo ha llamado *Frá Angelico di Fiesole*. Y lo que le ha faltado para brillar en el cielo del arte cristiano como la estrella mas resplandeciente, ha sido el haberse elevado demasiado presto en el horizonte de la historia, cuando la ciencia de los procedimientos artísticos, perfeccionados mas tarde con tan maravilloso brillo, faltaba á todos, aun al génio secundado y servido por el amor.

A pesar de esto ¡qué perfeccion hay ya, qué inspiracion y qué expresion de amor en esas figuras de Cristo pintadas por la mano de ese hombre angélico! Se dice que "ese célebre artista no tomaba jamás sus pinceles sin ponerse en oracion, y no hacía un Cristo en la cruz sin tener los ojos inundados de lágrimas." En verdad que se comprende que tal pintor estuviese dispuesto á recibir en su alma la profunda impresion, y á grabar en caracteres de fuego en el fondo de su propio corazon la divina imágen de su Cristo. No se ama ni se adora de esta manera, sin guardar dentro de sí, rodeado de una celeste auróla,

el retrato de ese amor adorado, y sin sentir la generosa pasión de hacer centellear exteriormente sus visiones interiores. No, dice un escritor materialista, herido él mismo con este fenómeno curioso del mundo artístico, "una adoración semejante no puede existir sin imágenes interiores. Con los ojos cerrados se les ve, se les sigue largo trecho como en sueños; así como una madre, apenas entra en su soledad, ve flotar ante su memoria el rostro de un hijo querido (1). No se puede hablar mejor.

De este modo en efecto, ese corazón inflamado en la claridad de sus sueños y de sus contemplaciones místicas, veía pasar y repasar delante de él, sonriendo con su divina sonrisa, el rostro de su amado Cristo. Y si lo que hemos dicho es cierto, á saber, que el que ama se complace en traer por todas partes á la memoria las facciones de la persona amada; si es cierto que es una necesidad imprescindible de todo amor sincero el trabajar por embellecer aun mas esa belleza que ama: ¡ah! ¿comprendéis entonces porqué los retratos de Jesucristo trazados por la mano de este amante apasionado de su divina belleza, no le parecían jamás suficientemente bellos; porqué su génio, siempre ambicioso de hacerlo mejor, lloraba por no poder perfeccionar? ¿Comprendéis cómo ese tipo de belleza percibido por su génio en su sueño de amor, se embellece á medida que él lo mira, se eleva á medida que lo comprende, se idealiza á medida que quiere expresarlo? De igual manera, ved cómo, siempre impaciente y jamás cansado de perfeccionar su obra á medida que se acerca á su modelo, semejante al esposo de los Cantares, sigue con una larga mirada esta belleza que se le oculta, y le dice gimiendo: ¡Oh Cristo amado, Cristo adorado, vos que sois el ideal de esa belleza que ha seducido todo mi génio y de ese amor que ha conquistado todo mi corazón!

(1) Taine.

¡Oh Dios de la belleza, Dios de la verdad y del amor! Mostradme vuestro rostro, *ostende mihi faciem tuam*. Mostradme tal como vuestros ángeles y vuestros serafines lo contemplan en la gloria de vuestra eterna transfiguración. Permitidme, al menos, que fije sobre esta tela frágil, con este pincel rebelde, esos rasgos divinos tales como los he visto pasar ante mis ojos, cuando vos pareciais visitarme. ¡Que trayendo á la memoria vuestra dulce y encantadora imagen, aprenda yo á engrandecer en mí mismo el reinado de vuestro amor por la contemplación de vuestra belleza! . . .

Tal es, Señores, el gran motor que ha impreso al arte cristiano un ímpetu tan prodigioso; pues lo que acabo de aplicar á un solo hombre, podeis, en diversas medidas, aplicarlo á todos los artistas santamente apasionados por el amor de Jesucristo: Para ellos, el ideal era Jesucristo; y este ideal no era una abstracción vana y fría; era una persona viviente, y sobre todo, era una persona amada, á la cual habían prestado juramento de un amor supremo y de una adhesión absoluta. De igual manera, esa figura de Cristo ya tan grande y tan bella en el fondo del alma de los artistas y en esa divina auréola que le daban su fé y su esperanza, se hermozeaba y se engrandecía mas y mas, á medida que su amor crecía en profundidad é intensidad. Imaginaos, si Santa Teresa hubiera sido pintora, qué belleza habría impreso en sus obras artísticas á ese rostro de Jesucristo tantas veces contemplado en las visiones y arrobamientos de su amor, y podreis adivinar porqué y cómo este amor, trasportando el génio, ha podido hacer que nazca, mejor todavía que la fé y la esperanza, todo lo grande del arte cristiano.

Así tambien, Señores, ved cómo todas las artes, á su modo, le han traído en la expresión de su belleza el tributo del amor. Ved cuál la pintura, la arqui-